

jan de ser ciertas. Un día las verán, y quizá demasiado tarde. ¡Infelices! No solo desdennan los beneficios de Dios; no solo desprecian la sangre de su Redentor y sus inmensas esperanzas, pero ni siquiera le conocen. No, señor; los incrédulos no le conocen, ó lo que es peor, tienen la idea mas falsa y perversa. ¡Ah! si le conocieran, ¿cómo fuera posible que no le amaran? ¡Qué desgracia! ¡qué pérdida! Jesucristo es sin duda el Dios de la magestad inaccesible, que no puede ser escudriñado por los débiles mortales; pero por su infinita bondad cubrió su luz con el velo de la naturaleza humana, y se proporcionó por este medio á la flaqueza de los hombres. El Verbo se hizo carne; nació de nosotros, y vivió con nosotros: ¡pero qué vida! ¡qué modelo! ¡qué virtudes! Si por su encarnacion pareció con el exterior de hombre, toda su conducta manifestó que era Dios. Jamas en el universo ha parecido un hombre tan dulce, tan virtuoso, tan benéfico y tan amable. En todas sus acciones y discursos no se propuso otro objeto que hacernos bien, instruirnos, consolarnos, y darnos ideas ó esperanzas las mas capaces de satisfacer á nuestro deseo insaciable de grandeza y de felicidad. Nada le afligia sino nuestros errores; nada le desagradaba sino nuestros vicios; nada le daba placer sino nuestras virtudes, y nada le consolaba tanto como recoger la

oveja que se le perdía. Nunca se le vió verdaderamente contristado, sino cuando preveia nuestra obstinacion, y las desgracias que nos debia acarrear.

Haced reflexion sobre lo que hizo, cuando yendo con sus discípulos á Jerusalem, predijo las calamidades próximas de aquella rebelde y endurecida nacion. Ved la ternura y sensibilidad con que las profetiza, los suspiros dolientes que exhala, el torrente de lágrimas que vierte. ¿Qué corazón se afligió nunca tanto con los males ajenos? ¿Qué hombre sensible y generoso no se enternecerá, viendo una expresion tan dolorida de un amor tan desinteresado y tierno? No, no es posible estudiar ni percibir el carácter de su espíritu, y la dulzura de su corazón, sin reconocer que fué el mejor de los hombres, y que jamas el cielo en su misericordia les ha dado un bienhechor tan digno de su mano.

El Evangelio dice (1) que Jesucristo pasaba por todas partes haciendo bien, y curando á todo el mundo. Vé aquí en pocas y simples palabras el mayor elogio que es posible hacer de la beneficencia y del amor. Aquí quisiera interpe- lar á todas las almas generosas y sensibles, á los corazones francos y nobles que no pueden oír sin enternecerse la relacion de un hecho distinguido

(1) Actor x, 38.

por la expresion de una virtud sublime; á los que se conmueven con la admiracion de un beneficio heroico; á los que desestiman las índoles frias ó de carácter lánguido, que nada puede sacar de su indiferencia é insensibilidad; á los que conservan con una especie de culto reverente la imágen de los príncipes magnánimos que han amado á los hombres, y se han sacrificado por ellos.

En fin yo interpelo á todos los que aman la virtud y estiman el honor, que me digan si en la lista de los buenos reyes, ó de los grandes hombres que han sobresalido por grandes virtudes y sacrificios heroicos, hay alguno que se pueda comparar á Jesucristo; que nombren aquel á quien este elogio tan simple, pero al mismo tiempo tan sublime de que vivió haciendo siempre bien, se pueda aplicar con tanta universalidad y exactitud como á Jesucristo.

Es imposible, señor, que yo os exponga ahora todo lo que este Hombre Dios hizo en el curso de su mision sagrada. No cabe ni en el tiempo, ni en mi lengua decir los esfuerzos del incomparable amor y celo que mostró al universo; pero os exhorto á que hagais vuestra continua y casi única ocupacion de la vida de este héroe celestial. Estudiadle en todos sus pasos, acciones y discursos; examínadle en todos los instantes de su existencia sobre la tierra; procurad formaros una idea de su dulce y benéfico corazon y carácter, y veréis que

es el único entre los que han vivido con nosotros, cuyas acciones y conducta correspondan con totalidad á la idea que tenemos de un buen corazon, de un verdadero amigo de los hombres; porque es el único en quien estas amables virtudes se hallaron sin ninguna mezcla de los defectos que alteran y obscurecen las de los otros, y porque las suyas jamas se desmintieron.

Jamas veréis en Jesucristo mas que un temor, y es que los hombres no reconozcan bastantemente que en los afanes de su laborioso ministerio no tiene mas objeto que su felicidad, y que esta sola es el deseo mas ardiente de su amor. De tal manera quería, que con ningun motivo se pudiese esconder la ternura y el afecto paternal de su corazon, que cuando una muger transportada con la admiracion de sus virtudes exclama en medio de un tropel (1): *Dichoso el vientre que te ha llevado*, se apresura á apartar esta idea que terminaba en su alabanza, y la responde en público: *Que los dichosos son los que escuchan la palabra de Dios, y guardan sus preceptos.*

Toda su ocupacion era curar á los enfermos, consolar á los afligidos, instruir á los ignorantes, excitar á la práctica de las virtudes, extender las manos, acariciar y socorrer á cuantos le seguian, que por la mayor parte eran los mas pobres, los

(1) Luc. xi, 27.

mas groseros y los mas oscuros habitantes de la Judea. Derramaba sobre ellos la vista con agrado, en los infelices la fijaba compasivo, y á cada paso se le oia decir: Estos son mis parientes, mis hermanos, mis amigos, los objetos mas preciosos de mi corazón. Reprende á los apóstoles porque quieren alejar de su persona los niños que se mezclaban con la muchedumbre, y que se le deseaban acercar. Dejad, les dice, acercar á esos niños: los bendice, los abraza, y los estrecha con todo su corazón (1).

Sus milagros mismos, aunque necesarios para probar su divinidad, eran al mismo tiempo efusiones de su beneficencia y de su amor. Parece, según el celo y ardor con que se dedicaba al socorro de los infelices, que mas se ocupaba con el deseo de hacerles bien, que con la idea de manifestar su poder soberano. En efecto, entre todos los milagros que hizo para convencer al mundo de que era el Mesías esperado, no hubo ninguno que no consolase algun corazón afligido, que no enjugase algunas lágrimas dolientes, que no corriese alguna necesidad, que no aliviase algun miserable, y que no diese la vida y la alegría donde solo dominaban el dolor y la muerte.

Pero en nada se le veia tanto ardor, tante interés y tan viva sollicitud, como cuando el Pastor

(1) Math. xix, 13, 14.

divino encontraba alguna de sus ovejas perdidas que empezaba á sentir los estímulos del remordimiento, y queria volver á su rebaño. Acordaos de la pecadora pública, que ya arrepentida va sin miramiento á la casa en que come, que echándose á sus piés los lava con su llanto, y con el unto precioso con que los perfuma. Considerad como á pesar de la infamia de que la cubren sus notorios excesos, no solo no la desdeña, sino que la deja hacer complacido cuanto el dolor de la penitencia la sugiere. Ved como la defiende del que en su corazón la desprecia y la censura; ved como la sostiene contra los discípulos que la acusan de pródiga, y ved en fin, como á pesar de la dureza de los otros, la consuela, y acaba por asegurarla que ya está perdonada (1).

¡Que parábola la del hijo pródigo! ¡Que padre tan elemente y compasivo! Apenas el mas ingrato y pervertido de los hijos siente el primer impulso de un arrepentimiento que le arracan sus tristes experiencias; apenas se resuelve á volver á la casa del su padre, cuando este viéndole desde léjos no le espera para recibirle, sino que se adelanta, le sale al encuentro, no le da lugar para que le pida perdón, no le da tiempo para que le explique su pesar, sino desde luego le hecha los brazos, manda que se prepare una fiesta, y satis-

(1) Luc. vii, 37.

face á su hermano zeloso, que se quejaba de la preferencia, diciendole, que á él siempre le tenia; pero que era menester celebrar el recobro de un hijo perdido, como si le causara mas placer este recobro, que la conservacion de lo que no peligraba (1).

¿Y quién puede dudar de esta preferencia, y que era tal el sentimiento íntimo de su corazón? ¿Qué otra cosa puede significar esta alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador, alegría que supera á la que se produce en la perseverancia de noventa y nueve justos? Considerad, señor, la fuerza de esta expresion (2): *Mas alegría hay en el cielo de que un pecador se convierta, que no de que noventa y nueve justos perseveren.* Pesad la energía y el sentido de esta palabra divina, y decídmelo, ¿si es posible inventar un estilo en que pueda explicarse mejor el gozo y la alegría de un Dios de misericordia, y de los bienaventurados que viven de su Espíritu, cuando una alma descaminada recobra su razon, y vuelve á entrar en el camino de la verdad? Decídmelo, ¿si era posible que el divino Pastor declarase con lenguaje mas fuerte y expresivo su encendido deseo de que sus ovejas escuchen los silbos de su amorosa voz, y el gozo que recibe cuando las ve volver á su rebaño?

(1) Luc. xv, 11.—(2) Luc. xv, 7.

Este fué el carácter de Jesucristo. Y aunque todo es perfecto en su conducta, parece que sobresalieron dos virtudes: el amor de Dios en el celo de su gloria, y el amor de los hombres en el deseo de su felicidad: estos dos objetos ocupaban toda su atencion. Así no pensaba sino en enseñar lo que se debe á Dios, y en exhortar á la práctica de la virtud. Pero en estos ejercicios divinos, aunque era el dueño y el árbitro del mundo, jamas se le vió usar de su poder supremo para ningun castigo; jamas se le vió intimidar con la amenaza, ni obligar con la violencia; jamas vengó una injuria, ni jamas usó de su poder omnipotente, sino para curar, consolar y perdonar: siempre se le oyó exhortar con la persuasion, con la dulzura y el amor.

En efecto los siglos no han mostrado jamas ni carácter tan inalterablemente dulce, ni corazón tan amante, ni índole tan buena. ¿Pero como le podian mostrar? La naturaleza no es capaz de nada tan perfecto. Era menester un Dios para enseñar al hombre; y si solo el Verbo podia satisfacer por sus delitos, el Verbo solo podia ser su maestro, su guía y su modelo. Vedle en todas las situaciones de su vida, y siempre le hallaréis dulce, compasivo y tierno.

Velle cuando en sus viajes, pasando por Samaria solo, sin haber comido, y fatigado del calor y cansancio, se sienta junto á Siquen cerca de

un pozo (1), ¡con qué afabilidad habla á una muger comun y pecadora! ¡Cómo la convida con el agua celestial de su gracia! ¡Cómo le declara positivamente que él es el Mesías! ¡Cómo la instruye en el modo de adorar á Dios en espíritu y verdad! ¡Cómo cuando los discipulos llegan y le compadecen de no haber comido todavía, les responde, que su alimento es servir á su Padre, y ganarle corazones! ¡Cómo cuando los hombres de la ciudad vienen conducidos por aquella muger, tambien les habla con el mismo agrado! ¡Cómo, aunque su designo fuese continuar su camino, rogado por aquellos samaritanos, se detiene! ¡Cómo entra con ellos á la ciudad, y pasa con ellos el tiempo necesario hasta que los instruye y convierte! ¡Que afabilidad! ¡que celo! ¡que condescendencia!

Vedle con la Cananea. En una de sus excursiones se le presenta una muger extranjera y gentil, que implora su socorro. Se resiste, porque parece que no estaba en el órden de su providencia empezar sino por las ovejas perdidas de Israel; pero la infeliz con humildad y con fe redobla sus instancias, repite sus ruegos con aquella importunidad que le agrada tanto, y su buen corazon sin poder resistir mas, se rinde, la concede lo que pide, y la despacha consolada.

(1) Joan. iv. 5.

Vedle con la adúltera (1). Esta era sin duda delincuente, y con todo cuando sus jueces van á condenarla, sus entrañas de misericordia se enternecen, usa de su poder divino para avergonzar á los jueces de sus propios delitos, y estos huyen corridos; queda á solas con la infeliz acusada, no la mofa, solo la pregunta si ha sido condenada, y respondiéndole que no, la replica que tampoco él la condena; pero la exhorta á que no peque mas.

Seria nunca acabar, y fuera menester desenvolver toda su historia para poder referir todos los casos en que siempre mostró, sin desmentirle jamas, este continuo y nunca alterado carácter de indulgente clemencia. Baste decir en general, que jamas se le presentó enfermo que no curase, necesitado que no socorriese, afligido á quien no diese consuelo, ni arrepentido que no perdonase.

¡Pero cómo no habia de perdonar á los que le imploraban, cuando perdonaba á los que le perseguian? Pedro le pregunta si se debe perdonar siete veces; y él le responde, que setenta veces siete: dándole á entender con esta expresion indefinida y general, que se debe perdonar siempre á los enemigos sin intermision ni fin. ¡Y quien ha dado mayores ejemplos de perdonar que él mismo?

Al fin de su vida, y cuando ya se consumaba

(1) Joan. viii. 3.

sú grande sacrificio, sus enemigos desahogaron el furor de su rabia. No se contentan con verle clavado en la cruz derramando hasta las últimas gotas de sangre, sufriendo dolores indecibles; apenas le oyen que tiene sed, cuando añadiendo el insulto al tormento, y el escarnio á la ferocidad, corren presurosos para hacerle gustar hiel y vinagre, y este divino Salvador escoge aquel momento de tanta malicia para compadecerse de su ceguedad, levanta el corazon á su Padre y le pide por ellos.

Estos inauditos extremos de clemencia y de dulzura naciañ del infinito amor con que amaba á los hombres. ¿Pero quien puede explicar ni concebir la extension, la intensidad ni la eficacia de este amor? No hay lengua criada que pueda describir lo que no tiene término, y solo le puede explicar el mismo corazon infinito que lo supo sentir. Para adquirir pues alguna idea, oigamos lo que nos dice él mismo; observemos con atencion lo que pasó entre Jesucristo y sus apóstoles en la última cena, cuando los prepara ya á la separacion mas dolorosa. ¿Que lance! ¿que escena! ¿que situacion! Jamas la naturaleza ha podido ofrecer á la sensibilidad humana afectos tan vivos ni motivos de tanto interes.

Parece que en aquella triste noche y en aquel momento desconsolado quiso Jesucristo reunir y reconcentrar cuantos rasgos de bondad, genero-

sidad y ternura habia dejado ver dispersos y divididos en la carrera de la vida mas inocente que vió jamas la tierra; parece que quiso reproducirlos y juntarlos para formar con ellos un espectáculo capaz de enternecer las piedras, y ablandar la dureza de los corazones mas inflexibles. Aquí todo adorno fuera ridículo, toda reflexion inútil; basta referir para interesar y arrancar de los ojos raudales de lágrimas.

Sabiendo Jesus, dice San Juan (1), que se acercaba la hora de volver á su Padre, se retiró por la última vez con sus discípulos. Como los habia amado con el amor mas tierno, y como iba á separarse de ellos y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuánto los amaba. ¿Señor! ¿quién pudiera imaginar que el Héroe de quien habla San Juan, es el mismo de quien poco ántes dijo que era el Verbo de Dios, que subsistia en Dios, el mismo Dios que lo hizo todo? ¿Y qué! ¿se recela que un Dios, y un Dios que ama tanto á sus criaturas, haya podido engañarlas? ¿El que les muestra tanto amor cuando va á morir, no les da la última y mas segura prueba de que es verdad quanto les ha dicho?

Trasportémonos con el espíritu á la noche memorable en que Jesus celebró en Jerusalem la última pascua con sus apóstoles, á esta terrible no-

(1) Joann. xiii. 1.

che á que se siguió un dia mas terrible; pongámonos en aquel deplorable momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro prepara á la mas inocente de las victimas, el mas cruel de los suplicios; observemos los pasos de aquel monstruo de ingratitud y de perfidia, que despues de haber abrigado en su corazon el atroz designio de entregar á su Maestro y Bienhechor á la rabia de sus enemigos, buscaba ya los medios de ponerlo por obra; juntemos todas las demas funestas circunstancias de aquella noche desastrada, y veamos ;qué es lo que hace Jesus que las sabia?

Jesus consagra los pocos instantes de vida que le quedan á dar á sus discipulos y amigos los mas tiernos testimonios de su amor. Jesus quiere tambien dar el último desahogo á su terneza, y en las amargas angustias de su corazon se permite este postrer consuelo: para decirlo mejor, Jesus quiere consolar á los suyos, y olvidar los tormentos y oprobios que le aguardan; el bien de sus amigos le penetra mas que el horror de la cruz y de la muerte.

El Evangelista refiere, que tomó el pan en sus sagradas manos, y levantando al cielo unos ojos en que resplandecia todo el ardor y la vivacidad de un corazon ansioso de perfeccionar sus beneficios, le presentó á sus apóstoles, y les dijo: *Tomad y comed.* Lo que os doy es yo mismo: mi cuerpo, mi alma, y mi eterna y divina substancia.

¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué beneficio! Solo un entendimiento sublime y divino era capaz de idea tan sublime; solo un amor infinito podia inventar un medio tan ingenioso de comunicacion tan íntima; solo su grandeza podia concebir designio tan magnifico; solo su omnipotencia podia ejecutarle, y solo un bien tan infinito podia llenar toda la capacidad de nuestro corazon.

Si vuestra razon, señor, no penetrada todavía de la luz celestial, quisiera á la vista de un espectáculo como este, solo digno de Dios, y de los que se dejan alumbrar por la infalible antorcha de la fe; si quisiera, digo, excitaros ahora las dudas orgullosas de una filosofia miserable, respondedla, que vea quien lo dice: que Jesucristo, el mismo que hizo tantos milagros, el mismo que se resucitó es quien lo asegura; y que así la mas leve sospecha de lo que afirma en este momento de dolor fuera un sacrilegio; que Jesucristo fué justo, y que va á morir.

Entónces como satisfecho el Señor de haber hecho su testamento, como ya tranquilo por haber asegurado á sus amigos el bien mas precioso que les puede dejar, contento de verlos en posesion de tan rico legado, y sin mas inquietud de su felicidad futura, se manifiesta lleno de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. Su corazon rebosando de gozo les

habla con una elocuencia tan enérgica como bien sentida. Ahora, les dice, ya pueden mis enemigos descargar sobre mí todos los golpes de su saña, ya mi corazón está dispuesto, ya mi amor no tiene mas que daros, ya todo es vuestro, y en los inagotables tesoros de la magnificencia divina no hay nada mas precioso que lo que dejo en vuestras manos.

¡O! ¡cuánto deseó mi terneza este momento, que debe seros tan útil (1): *Yo he deseado con deseo, con un deseo cuya eficacia no podia sentir otro que yo, comer con vosotros esta pascua, en la que todos los sacrificios debian encontrar su plenitud, su fin y su consumacion. Reparad, señor, esta expresion de Jesucristo: He deseado con deseo; palabra divina, cuyo sentido y energía nuestros idiomas no pueden imitar. Este deseo de deseos es un sentimiento tan activo, tan íntimo, tan profundo, continuo y dominante, que no puede explicarle sino aquel cuyo infinito corazón supo sentirle. Nosotros solo podemos percibir que estaba como oprimido de ternura, que el amor casi absorbía todas sus ideas, y que ya desfallecía de amor antes de morir con los tormentos.*

Qué discurso aquel con que terminó este último y solemne acto de su misión divina! Permittedme que os diga la sustancia, porque nada se ha

(1) Luc. xxii. 15.

escrito en el mundo que esté tan lleno de afectos y de fuerza. En estas cortas palabras está cifrado todo el cristianismo, y son el mejor retrato del carácter y corazón de Jesucristo. Este discurso se debe leer y meditar cuando se quiere admirar la hermosura de nuestra religion, y él solo basta para renovar la impresion que debemos sentir de la felicidad que gozamos en conocerla. Escuchadle, señor, y no perdais una sílaba, porque todo es aquí espíritu y vida.

*Vuestro corazón no se turbe* (1), les dice el amante Maestro; *vos creéis en Dios, creed también en mí.* Pesad bien estas palabras, y no olvideis que las dice en su testamento, y en la víspera de su muerte. *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones.* Como si les dijera: ¿Quién puede recelar que yo os engañe con vanas esperanzas, si en el momento que voy á morir, os digo que voy delante para prepararos asientos en el reino de mi Padre? Yo que estoy seguro de poder cumplirlos mis promesas, soy quien os lo afirma. ¿Seria posible que habiendo vivido tanto tiempo con vosotros no me háyais conocido? ¿Que no os acabeis de persuadir que mi Padre está en mí, y yo en mi Padre? Acordaos de mis obras, y juzgad.

No os dejo huérfanos, porque volveré á vivir con vosotros. Dentro de poco el mundo no me

(1) Joan xiv. 1.